

DE BARAK A LA HOJA DE RUTA¹

Hace aproximadamente un año, la *New York Review of Books* dedicó sus páginas a una interesante polémica sobre la cuestión de las responsabilidades que cabía atribuir por el fracaso de las conversaciones de paz de Camp David entre Barak y Arafat, celebradas bajo los auspicios de Clinton. No se trataba –y sigue sin tratarse– de un asunto puramente histórico: lo que sucedió en Camp David está preñado de consecuencias para el presente y el futuro de las relaciones israelo-palestinas. Sin embargo, el objeto sustancial de la polémica en la *NYRB* –por una parte, una entrevista con Barak del historiador israelí Benny Morris; por otra, una «Respuesta a Ehud Barak» de Robert Malley y Hussein Agha– giraba en torno, sobre todo en el bando de Barak-Morris, al esclarecimiento de las responsabilidades de uno u otro de los participantes en el fracaso de las conversaciones. De esta suerte el debate quedaba descontextualizado, impidiendo una discusión más exhaustiva que esclareciera qué salió mal y por qué, agotándose en cambio en la dinámica interpersonal que se produjo en Camp David y en la psicología de los principales actores. El resultado trágico de las negociaciones de junio de 2000 fue la aceptación generalizada por parte de Occidente y de Israel de la declaración de Barak según la cual su «oferta más generosa» había sido rechazada por Arafat debido a motivos ocultos y constituía la prueba definitiva de que Israel «no contaba con interlocutores» entre los palestinos para conseguir la paz. Esta fatídica «conclusión» contribuyó a desencadenar el levantamiento palestino de septiembre de 2000; mientras que el efecto conjunto de la afirmación de Barak y de la intensificación de los ataques palestinos contra civiles israelíes en el interior de la «línea verde»² fue el hundimiento del campo que aboga por la paz en Israel y las dos aplastantes victorias electorales de Ariel Sharon.

Mientras se asistía a consecuencias tan espantosas y siguiendo con especial atención las descripciones «revisionistas» de la cumbre de Camp David escri-

¹ Ran EDELIST, *Ehud Barak U'Milhamto Be'Sbedim* [*Ehud Barak: combatir los demonios*], Kineret, Zmora-Bitan, Yedioth Ahronoth and Chemed Publishing Houses, Tel Aviv, 2003, 504 pp. La reseña en hebreo de *Ehud Barak: combatir los demonios* fue publicada por el autor en el diario israelí *Haaretz* en abril de 2003.

² Se trata de la frontera geopolítica que separa Cisjordania de Israel [N. del T.].

tas por Deborah Sontag, publicadas en el *New York Times* en julio de 2001, y el primer artículo de Malley y Agha publicado en la *NYRB* en agosto de ese mismo año, «A Tragedy of Errors», Barak —un político que aspiraba al regreso: si Sharon pudo hacerlo, parece que cualquier cosa es posible— se dio cuenta claramente de que debía algo al pueblo israelí y al mundo en general. A tal objeto, reclutó a un conocido historiador y eligió, con la *New York Review*, el más respetable de los foros estadounidenses para construir su versión de la historia que le permitiera salvar las apariencias. Hay que lamentar profundamente que académicos de tal calibre puedan ser empleados con tanta facilidad para respaldar los objetivos de las relaciones públicas de los políticos; sin embargo, el artículo de Barak-Morris fue inequívocamente eficaz. Con anterioridad a las conversaciones de Camp David, Barak y Clinton se pusieron de acuerdo para que todos los pasos estuvieran coordinados por adelantado entre Estados Unidos e Israel y para que, de fracasar la cumbre, Israel no asumiera la responsabilidad. Clinton respaldó esta actitud, al igual que la mayoría de sus subordinados. La excepción fue Malley, el asesor especial del presidente para los Asuntos árabe-israelíes durante las negociaciones, que hizo público su propio relato, verdaderamente devastador, de la estrategia de Barak, repartiendo las culpas entre las tres partes por el fracaso. No obstante, con el apoyo tanto de Morris como de Dennis Ross, el hombre de confianza de Clinton para las relaciones con los palestinos (que hoy trabaja para un instituto de investigación proisraelí partidario de la línea dura), y gracias a numerosos artículos y apariciones personales, Barak logró convencer a la mayoría de los ciudadanos estadounidenses de la validez de su afirmación sobre la «falta de interlocutores».

Sin embargo, para Barak era aún más importante explicarse ante los anales de la historia israelí. A tal fin reclutó los servicios de Ran Edelist, un conocido periodista especializado en cuestiones de inteligencia militar, cuyo tomo de 500 páginas relata la historia del ejercicio del cargo de primer ministro, desde su toma de posesión en julio de 1999 hasta que fue obligado a renunciar en febrero de 2001. *Ehud Barak: combatir los demonios* es prácticamente una crónica diaria de aquellos meses, que siguen de cerca el diario de citas del primer ministro, detallando sus conversaciones —importantes o no— y sus innumerables viajes al extranjero. Además, está lleno de monólogos filosóficos e historiográficos, así como de ejemplos de la perspicacia no excesivamente profunda del propio Barak. No obstante, se trata de un documento más interesante de lo que cabía esperar o de lo que se pretendía que fuera. Aunque al parecer la mayor parte del libro fue escrita en estrecha colaboración con Barak, hubo un cambio palpable en el transcurso de su redacción. El lector atento advertirá que, en un momento dado, el camino de Edelist se separa del de su protagonista. A pesar de las frecuentes exclamaciones de Barak y sin llegar siquiera a admitirlo, la obra ofrece una interpretación más cercana a la de Malley y Sontag —o a otros informes críticos, como el publicado por Yossi Beilin en 1999, *Touching Peace*, o incluso a la interpretación del adjunto de Barak, Gilad Sheer, en su *Just Beyond Reach* de 2001— que al relato de Barak-Morris.

Edelist no ahorra los aspectos «problemáticos» del carácter de Barak: su insensibilidad personal, su desconfianza crónica, su actitud de matón, su carácter jerárquico y sus dificultades para el trabajo en equipo o con un grupo de asesores no son, en cualquier caso, nada nuevo para los ciudadanos israelíes. Sin embargo, la aportación de Edelist consiste en explicar que todas las debilidades de Barak se vieron compensadas por sus dotes excepcionales: inteligencia deslumbrante, integridad personal, capacidad estratégica, perspectiva global, valentía física y resistencia. También merecen elogios su defensa resuelta del interés nacional por encima de cualquier consideración personal o de partido, su habilidad para los trabajos de precisión (uno de sus pasatiempos favoritos es la reparación de relojes), el talento musical (piano), el sentido de los matices y la capacidad para tomar decisiones duras después de sopesar todos los costes. En definitiva: un dirigente nacional y, a decir verdad, mundial de una estatura que Israel no había conocido desde David Ben Gurion. La única comparación contemporánea –aunque no se salve de las críticas de Barak– es Clinton. Un hombre de tales cualidades, declara Edelist al comienzo de su libro, no tenía ninguna posibilidad de salir airoso. Barak no fracasó a causa de sus defectos, sino de sus dotes más sobresalientes. El pueblo israelí no estaba lo bastante maduro para un dirigente así.

Ehud Barak: combatir los demonios está repleto de perlas biográficas cuidadosamente escogidas –haciendo un énfasis especial en su humillante niñez en el *kibbutz* Mishmar Hasharon, que obligó a Barak a convertirse en el niño más brillante de todos–, pero, a pesar de sus pretensiones, el libro no llega ni siquiera a aparentar el carácter de una verdadera biografía. Nacido en 1942, Barak fue alistado al ejército a los diecisiete años y fue ascendiendo pasando por unidades de elite, puestos de mando y por el Estado Mayor. Subcomandante de la fuerza de invasión israelí en Líbano en 1982, fue ascendido a jefe de los Servicios de Inteligencia Militar al año siguiente y a jefe del Estado Mayor en 1991, la carrera de Barak también se ha visto marcada por su participación personal en varias brutales operaciones de escuadrones de la muerte israelíes, sobre las que Edelist pasa una selectiva revista. Con motivo de la Operación Primavera de la Juventud, Barak, disfrazado como una mujer, dirigió un ataque contra un grupo de la OLP en Beirut, implicado en el asesinato de los atletas israelíes en la Olimpiada de Múnich en 1972; el ataque acabó con el jefe de la Inteligencia de Fatah así como con su mujer, que trató de protegerle. En 1988, según *The New York Times*, Barak pudo supervisar desde un Boeing 707 la acción en la que comandos israelíes asesinaron al segundo de Arafat, Abu Yihad, en Túnez, delante de su mujer e hijos; no obstante, esta circunstancia siempre ha sido negada por el gobierno israelí y Edelist no hace mención alguna del suceso. Barak también fue el responsable de la orden de avance durante la guerra del Líbano en 1982 que dio lugar a la emboscada en la batalla de Sultan Yaacub³ –hecho ocultado por los mili-

³ Enfrentamiento armado con carros blindados sirios ocurrido el 11 de junio de 1982 en el norte de Israel en el que desaparecieron sin dejar rastro varios soldados de las fuerzas armadas israelíes, algunos de los cuales siguen en paradero desconocido [N. del T.].

tares hasta 1994 y que no aparece en el libro de Edelist— así como del «accidente durante unas maniobras» en la base de Tzeelim en el desierto del Neguev en 1991, que encubría el ensayo de una invasión aérea de Iraq para acabar con Sadam Hussein. Un misil cayó sobre un grupo de soldados, matando a cinco de ellos e hiriendo a otros siete. Se acusa a Barak de haber despegado a toda prisa en su helicóptero sin permitir que ninguno de los soldados fuera evacuado y conducido a Tel Aviv. Con el gobierno de Isaac Rabin, desempeñó el cargo de ministro del Interior desde julio a noviembre de 1995 y el de ministro de Asuntos Exteriores desde entonces hasta junio de 1996.

No obstante, después de los años de Netanyahu, la elección de Barak como primer ministro en 1999 suscitó una verdadera esperanza entre determinados sectores de la población israelí y una profunda ansiedad en otros —sobre todo en los colonos judíos en los territorios ocupados y en los ultraortodoxos, alarmados a raíz de su campaña electoral, en la que prometió «separar la religión de la política» e implantar la conscripción entre los estudiantes *yeshiva*—. Su victoria fue calurosamente acogida entre los árabes israelíes (más del 90 por 100 de los cuales le votaron), los palestinos, los dirigentes de los Estados árabes —en particular Mubarak en Egipto y Abdullá II en Jordania— y el resto de lo que se conoce como el mundo occidental.

Sin embargo, Barak tenía su propia agenda y sus propias prioridades. Es cierto que tuvo que enfrentarse a dificultades a la hora de mantener unidos a los bloques de la izquierda y la derecha en la *Knesset* [Parlamento israelí]; pero no es verosímil pensar que fuera ésta la razón de la creación de un gobierno que incluía al chovinista Partido Nacional Religioso, al Yisrael B'Aliyah y al Shas, junto al Meretz, de centro-izquierda. «Me siento más cercano a Yitzhak Levy [del PNR] que a Yossi Sarid [del Meretz]», declaró Barak. Habría preferido formar un gobierno con el Likud, encabezado por Sharon, hacia el que profesaba una gran admiración de resultados de sus empresas militares comunes. Desde el primer momento, el apoyo de la «mayoría parlamentaria judía» fue para él más importante que la de los árabes israelíes; aunque reconocía la angustia de los primeros y se comprometió a luchar por su «plena igualdad», que no obstante sólo podría emprenderse tras haber llegado a un acuerdo final con los palestinos. Sin embargo, la esencia del planteamiento de Barak, a diferencia del de Rabin, quedó demostrada con su decisión de congelar la aplicación de todos los acuerdos provisionales con los palestinos derivados de los acuerdos de Oslo y Wye —entre los cuales se contaba un desplazamiento parcial de tropas israelíes en Cisjordania; el control palestino sobre tres aldeas cercanas a Jerusalén; la liberación de prisioneros anteriores a 1993— en favor de un acuerdo completo que instaurara un *status* permanente en la zona (la única excepción fue la apertura de una importante carretera en Hebrón, lo que se hizo después de un considerable retraso).

En su lugar, Barak se impuso como prioridad principal llegar a un acuerdo con Siria. Había dos razones para ello: en primer lugar, el acuerdo parecía relativamente sencillo, si lo comparamos con la carga emocional que arrastran las negociaciones con los palestinos; menos explícitamente, Barak previó que aislando de tal suerte a la dirigencia palestina podría forzarles a firmar un acuerdo final favorable a sus posiciones. Cuando las conversaciones de Shepherdstown con Siria se fueron a pique por unos cuantos metros de tierra de línea de costa, que en cualquier caso entraba en el capítulo de las zonas de desmilitarización –y la vacilación de Barak en esta cuestión probablemente se explique por su preocupación ante el posible acceso sirio al lago Kinneret, la principal reserva de agua israelí–, Barak decidió retirarse de Líbano sin haber llegado a un acuerdo, a pesar de la oposición de sus jefes de Estado Mayor: fue el único logro de su mandato. Sólo entonces, en el verano de 2000, cuando la presidencia de Clinton (y, considerando las cosas retrospectivamente, la suya propia) se acercaba a su final, Barak tuvo finalmente tiempo para celebrar las conversaciones con los palestinos.

Mientras tanto, la dirigencia palestina pedía concesiones –sobre todo la liberación de prisioneros, la cuestión más dolorosa para su pueblo– para aliviar la presión que sufría desde abajo. Por una parte, se esperaba que la Autoridad Palestina actuara «como Ben Gurion en el asunto Altalena», cuando ordenó el hundimiento de un destructor clandestino en 1948; una orden que causó gran alboroto entre la población judía. Por otra parte, era incapaz de ofrecer a su pueblo algún signo de éxito. Los servicios de inteligencia alertaron del debilitamiento de la capacidad de control de la AP y del fortalecimiento de Hamas y de la Yihad Islámica; Barak insistió en que no habría liberación de prisioneros «con las manos manchadas de sangre» ni «concesiones territoriales» hasta que se regulara integralmente la situación. Antes de ser elegido, Barak dijo en una ocasión que comprendía a los palestinos; que si fuera uno de ellos se integraría en una organización terrorista. Por supuesto, esto produjo un enorme alboroto que obligó a Barak a insistir en que se le había malinterpretado y se habían sacado sus declaraciones fuera de contexto, etc. Después de leer el libro de Edelist, podemos creerle. No tiene y nunca tuvo la capacidad de identificarse con sus adversarios o con sus amigos. No cabe duda de que ésta es una de las razones del fracaso de sus negociaciones con Assad y Arafat y de sus malas relaciones con la clase política israelí, incluidos los miembros de su propio partido.

En el verano de 2000, las semillas de la desconfianza mutua entre Arafat y Barak ya habían sido sembradas. Aunque las negociaciones centrales que se celebraron en Camp David estuvieron precedidas de innumerables conversaciones a todos los niveles, su resultado fue nulo. Arafat se opuso *a priori* al planteamiento de Barak –la congelación de la tercera y más considerable retirada de tropas así como de otros compromisos previos israelíes y la transición de las conversaciones al terreno de las condiciones para un acuerdo final completo– a pesar de que no tenía nada que

ofrecer a una población palestina cada vez más inquieta a raíz de los acuerdos de Oslo. Sin embargo, en la medida en que todas las cartas estaban en manos de Israel, Arafat no tuvo más remedio que sumarse a las conversaciones de Camp David.

La propuesta israelí, tal y como le fue trasladada a Clinton, era bastante minuciosa. Sobre la cuestión de los territorios, se ofrecería a los palestinos un 80/20, es decir, el 80 por 100 de Cisjordania y la Franja de Gaza estaría bajo el control y la soberanía del Estado palestino; Israel se anexionaría el 20 por 100, incluyendo siete bloques de asentamientos que suponían el 80 por 100 de la población de los asentamientos judíos; se construiría un viaducto que uniría la Franja de Gaza y Cisjordania. Con anterioridad se había discutido también la posibilidad de que Israel firmara un contrato de arrendamiento sobre un 10 por 100 adicional de la Franja de Gaza a lo largo del valle del Jordán, «por razones de seguridad». Más tarde se sostuvo que el mantenimiento del río bajo el control israelí era importante sobre todo para Jordania, que veía con preocupación el irredentismo palestino y la posible unificación de las dos orillas. El derecho al retorno sería reconocido sólo en lo concerniente al Estado palestino; aunque Israel ayudaría a la rehabilitación de los refugiados, no reconocería ningún tipo de responsabilidad moral o legal por la creación del problema. Se ampliaría el término municipal de Jerusalén –evidentemente para que incluyeran la anexión de Abu Dis, Azariya y de unas cuantas aldeas más– para que, al menos nominalmente, hubiera algo que compartir. La intención consistía en dejar la mayoría del área actual de la ciudad bajo soberanía israelí; el territorio adicional sería vendido a los palestinos como su «Jerusalén». Se construiría a tal objeto una carretera de circunvalación por Jerusalén Este para que los fieles pudieran acudir al lugar santo de Haram al -Sharif, el «Noble Santuario» islámico y Monte del Templo para los judíos.

Es preciso recordar que los palestinos, desde su perspectiva, ya habían hecho las máximas concesiones, de tal suerte que ya no contaban con bazas negociadoras. En los acuerdos de Oslo reconocieron el derecho a la existencia de Israel en el 78 por 100 de la Palestina histórica con la esperanza de que, a raíz de los acuerdos de paz con Egipto y Jordania –y basándose en la interpretación árabe de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que exigen la retirada de los territorios ocupados en 1967–, podrían recuperar el resto, tras algunos ajustes menores de las fronteras. Sin embargo –aunque más tarde se produjo una cierta relajación de las exigencias israelíes–, las conversaciones continuaron en lo relativo a la anexión de aproximadamente otro 12 por 100 de la Franja de Gaza para crear tres bloques de asentamientos, dividiendo así el Estado palestino en cantones separados, con conexiones entre los mismos muy problemáticas. Los palestinos llamaron a las porciones que les fueron asignadas *bantustanes*; y ello a pesar de que los enclaves creados por los *afrikaners* para los negros sudafricanos estaban mucho mejor dotados que los de la «generosa» propuesta de Barak.

¿Así pues, qué tiene de sorprendente que Arafat, que era consciente de la posición coordinada estadounidense-israelí, acudiera a la cumbre a regañadientes? Incluso el libro de Edelist respalda indirectamente el argumento de Sontag según el cual «los palestinos tenían la impresión de que se les llevaba a las verdes colinas de Maryland para ser sometidos a la presión conjunta de un primer ministro israelí y un presidente estadounidense que, a causa de lo dispar de sus calendarios políticos y de la preocupación por su legado político, tenían un sentido de la urgencia de tintes marcadamente personales». Los palestinos declararon que los estadounidenses les habían dicho que la coalición del dirigente israelí era inestable; poco después, dijeron, parecía que el objetivo de la cumbre fuera más salvar al señor Barak que conseguir la paz. Éste fue el motivo de que la mayoría de la delegación palestina decidiera adoptar de antemano una fútil «estrategia de búnker», rechazando automáticamente todas las propuestas.

Las sospechas de Arafat se vieron confirmadas cuando el mal genio de Clinton hizo que éste lanzara un duro ataque contra él, poniendo en tela de juicio su honor. En otra ocasión, cuando las delegaciones se enfrascaron en una discusión sobre si los restos del Templo yacían de verdad bajo la mezquita de Al Aqsa, fue el protestante Clinton el que dio un sermón sobre el Santo Templo de Salomón de acuerdo con el testimonio de la Biblia. Uno de los asistentes judíos del presidente terció para salir de la embarazosa situación, comentando que se trataba de la opinión personal del presidente y que no reflejaba la posición oficial de Estados Unidos. En su relato de los encuentros de Camp David, el ministro de Exteriores de Barak, Shlomo Ben Ami señalaba que este episodio reflejaba hasta qué punto Arafat era presa de sus propios mitos; lo que el incidente mostró en realidad fue hasta qué punto cada una de las partes estaba sumida en sus propios mitos. Evidentemente éste fue el motivo de que al final las conversaciones se rompieran cuando se discutía el estatuto del Monte del Templo, a pesar del hecho de que los palestinos ya habían accedido a una partición de la ciudad y a la soberanía israelí sobre el Muro de Occidente, a cambio del control sobre el resto del área de la mezquita y de los barrios árabes.

A decir verdad, en el transcurso de las conversaciones Barak accedió a mantener una posición «flexible» sobre las propuestas israelíes acerca de los distintos temas, y estaba a punto de acceder a una concesión territorial de aproximadamente el 92 por 100. Sin embargo, cada propuesta y cada tema eran discutidos individualmente; asimismo, se había insistido en que hasta que no hubiera un entendimiento sobre todos los asuntos no se firmaría ningún acuerdo. De esta suerte, se hicieron discretas ofertas a los palestinos en muchas áreas diferentes, sin que en la mayoría de los casos se tuviera en cuenta que todas iban a ser rechazadas categóricamente pasara lo que pasara, mientras que los palestinos no hicieron ninguna contrapropuesta o, para ser más exactos, fue ésta la versión que se hizo pública. Más tarde, Barak pudo reunir todos los casos y afirmar que había hecho una oferta incomparablemente generosa a los palestinos.

Cuando la cumbre fracasó y con los restos de su gobierno en añicos, Barak hizo su profética declaración según la cual «no contó con interlocutores» en el bando palestino. Clinton –movido también por un indudable interés personal– fue fiel a su promesa y le apoyó. Llegarían más tarde las llamadas «no conversaciones» con sus «no documentos» en Taba, donde, al decir de algunas fuentes, las partes estuvieron más cerca que nunca de llegar a un acuerdo. Sin embargo, en lo que respecta a Barak y a Arafat, el juego comenzado en Camp David había terminado. Después de aquel episodio, la transición a un conflicto armado era sólo cuestión de tiempo.

Tras siete años de inútiles conversaciones que no lograron ningún avance significativo para la causa palestina –a lo que hay que sumar la intensificación del proceso de colonización judía en los Territorios Ocupados palestinos– ya no se trataba de saber si podían estallar la ira y la violencia, sino tan sólo cuándo y de qué forma lo harían. A los palestinos no se les escapaba completamente la asimetría en la relación de poder con Israel, pero cambiaron de paradigma. De un intento de poner fin a la ocupación y conseguir la independencia gracias a los esfuerzos diplomáticos y a la generosidad de los judíos y los estadounidenses, pasaron a una «guerra por la independencia» alentada en cierta medida por sentimientos religiosos: se trataba del tipo de lucha en el que las personas están dispuestas a pagar un alto coste personal y colectivo para conseguir lo que a sus ojos constituye un objetivo primordial.

A este respecto, la provocación que supuso la visita de Sharon al Monte del Templo en 2000 fue tan sólo la cerilla que dio fuego a las reservas de combustible que Peres, Netanyahu y Barak habían acumulado en su momento. Barak preparó el camino para la victoria de Sharon en febrero de 2001 con un inaudito 53 por 100 de los votos, cambio históricamente apuntalado en las elecciones generales de enero de 2003, en las que el bloque derechista se hizo con 69 de los 120 escaños de la Knesset y Sharon se convirtió en el primer jefe de gobierno israelí que revalidaba el cargo en unas elecciones desde que lo hiciera Menahem Begin en 1981.

Con Sharon, Israel se ha convertido en un Estado consagrado a un objetivo principal: el politicidio del pueblo palestino. El politicidio es un proceso cuyo objetivo final consiste en la destrucción de las perspectivas de un determinado pueblo –o, para ser más exactos, de su voluntad misma– de conseguir sus legítimas autodeterminación y soberanía sobre la tierra que consideran su patria. Se trata, a decir verdad, de una inversión del proceso planteado por Woodrow Wilson a finales de la Primera Guerra Mundial y aceptado desde entonces como un principio internacional aceptado como convención. El politicidio incluye una mezcla de medidas marciales, políticas, sociales y psicológicas. Las técnicas que se utilizan con mayor asiduidad en este proceso son la expropiación de tierras y su colonización; las restricciones de la movilidad espacial (toques de queda, cierres, retenes de carretera); asesinatos; masacres localizadas; división o

eliminación de dirigentes y de grupos de elite; obstáculos a la educación normal y a la escolarización; destrucción física de instituciones e infraestructuras públicas, de hogares y propiedades privadas; hambre; aislamiento social y político; reeducación y limpieza étnica parcial (o, de ser factible, completa), aunque ello no tiene por qué acontecer necesariamente como resultado de una única acción espectacular. El objetivo de la mayoría de estas prácticas consiste en hacer que la vida sea tan insopor- table que el número más grande posible de la población rival, especialmente su elite y sus clases medias, abandonen el área «voluntariamente». Por lo general, tales acciones son emprendidas en nombre de la ley y el orden; una de las finalidades principales consiste en hacerse con el poder de definir el propio bando como el bando de la legalidad, mientras que los otros son calificados como criminales y terroristas. Un objetivo alternativo puede ser la creación de un régimen títere –como los que existían en los *bantustanes*– completamente sumiso pero capaz de dar la ilusión de autodeterminación al pueblo o la comunidad racial oprimidos.

Sin embargo, resulta imposible negar que existe un pueblo palestino y que la posibilidad de su politicidio –o de sufrir una limpieza étnica que le expulse del país– sin que ello acarree terribles consecuencias para Israel es nula. Por otra parte, Israel no es sólo una presencia consolidada en la región, sino que es también, en el ámbito local, una superpotencia militar, económica y tecnológica. Al igual que muchas otras sociedades de inmigrantes-colonos, nació en pecado, sobre las ruinas de otra cultura que había sufrido el politicidio y una limpieza étnica parcial, aunque el Estado sionista no logró aniquilar la cultura indígena rival, como sí hicieron otras muchas sociedades de inmigrantes-colonos. En 1948 carecía del poder para hacerlo, sin contar con que la fuerza de la opinión poscolonial de la época hubiera hecho que tales acciones hubieran resultado menos aceptables en el plano internacional. Sin embargo, a diferencia de cuanto sucedió en Argelia, Zambia o Sudáfrica, los palestinos fueron incapaces de expulsar a sus colonizadores. El Estado judío en Oriente Próximo logró demostrar su viabilidad, desarrollando sus propias sociedad y cultura vitales. Sin embargo, su desarrollo a largo plazo y su normalidad interna dependen de su reconocimiento como una entidad legítima por el resto de pueblos de la región. En este sentido, el acuerdo de paz con Egipto supuso la segunda gran victoria del sionismo. La primera lo fueron los Acuerdos de Oslo, en los que la principal víctima y adversario del movimiento sionista reconoció el derecho a la existencia de un Estado judío en Palestina. Al igual que el tratado de Sadat con Begin fue un resultado tardío de la victoria israelí en 1967 y 1973, este cambio revolucionario en el pensamiento político palestino mayoritario se produjo después de la victoria estadounidense en la guerra del Golfo de 1991.

En parecidos términos, el gobierno de Bush hizo pública su nueva Hoja de Ruta durante la escalada que condujo a su invasión de Iraq. Su objetivo consiste en terminar con toda la resistencia armada contra Israel a cambio de la creación, con unas fronteras provisionales, de una entidad

denominada «Estado palestino» a finales de 2003. Tras esto habría de producirse la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios de la Autoridad Palestina y las elecciones para la designación de un nuevo Consejo Palestino, lo que conduciría a las negociaciones con Israel para la firma de un acuerdo permanente, que tendría que alcanzarse en 2005. El denominado «cuarteto» formado por Estados Unidos, UE, ONU y Rusia se ocuparía de la supervisión de la aplicación del plan, que deja abiertos todos los temas en discordia: fronteras, refugiados, *status* de Jerusalén, entre otros. Esta estrategia encaja perfectamente con la táctica que consiste en ganar tiempo para continuar su plan de politicidio, una táctica que se basa en el supuesto de que continuarán los ataques terroristas palestinos, acarreado la correspondiente y salvaje represalia militar israelí.

La eficacia del planteamiento de Sharon se puso de manifiesto tras un sondeo de opinión de primeros de diciembre de 2002. Más de siete de cada diez palestinos e israelíes señalaban que estaban preparados para emprender un proceso de negociación basado en la renuncia de los palestinos a la violencia y en la aceptación por parte de los israelíes de un Estado palestino dentro de las fronteras de 1967. Poco más de uno de cada cinco palestinos e israelíes (en ambos casos los porcentajes eran extraordinariamente parecidos) se declaraban partidarios de la idea de recuperar la Palestina histórica o de quedarse con los Territorios Ocupados. Sin embargo, una gran proporción de las mayorías palestinas e israelíes manifestaban su escasa confianza en la disponibilidad de la otra parte a abandonar la violencia o a hacer las concesiones necesarias. De esta suerte, la mayoría de los palestinos continuaba apoyando el uso de métodos violentos en la Intifada, mientras que una proporción similar de los israelíes continuaba respaldando los ataques violentos de represalia por parte de la Fuerzas Armadas Israelíes.

Gracias a sus dotes de intérprete de planos, Sharon supo advertir la conveniencia del nuevo plan de Bush. En una intervención de noviembre de 2002, bosquejó una clara idea de la forma en que, a su juicio, debía gestionarse el conflicto: con la aplicación de la Hoja de Ruta, Israel podría crear un área de territorio contigua a Cisjordania que, a través de una combinación de túneles y puentes, permitiría a los palestinos viajar de Yenín a Hebrón sin pasar por ningún retén o control israelí. Israel tomaría medidas como la «creación de una continuidad territorial entre centros de población palestinos» —esto es, retirándose de ciudades como Yenín, Nablús y Hebrón— siempre que los palestinos perseveraran «en su esfuerzo efectivo y sincero para poner fin al terrorismo». Después, una vez que se hubieran llevado a cabo las pertinentes reformas de la Autoridad Palestina, podría procederse a la aplicación de la siguiente fase del plan de Bush: la creación de un Estado palestino con fronteras «provisionales».

La intención es manifiesta. El «Estado palestino» estaría formado por tres enclaves en torno a las ciudades de Yenín, Nablús y Hebrón, careciendo así de contigüidad territorial. El plan de unión de los enclaves mediante

túneles y puentes implica que en la mayor parte de las restantes áreas de Cisjordania habría una fuerte presencia israelí. Argumentando de cara a la galería, Sharon añadía:

Este Estado palestino estaría completamente desmilitarizado. Se le permitiría conservar una policía dotada de armamento ligero y fuerzas internas para asegurar el orden público. Israel continuará controlando todos los movimientos de entrada y salida del Estado palestino, dominará su espacio aéreo y no le permitirá formar alianzas con enemigos de Israel.

Sharon sabe perfectamente que a un líder palestino le sería prácticamente imposible poner fin al conflicto a cambio de una soberanía y un territorio tan limitados. Sin embargo, la sola mención de las palabras en clave «Estado palestino» –un tabú en el léxico de la derecha– le concede una imagen de moderación en el extranjero y le coloca en el centro del espectro político interno. Tales gestos le proporcionan también una cantidad de tiempo casi ilimitada para continuar con su programa de politicidio, que de principio a fin ha recibido el apoyo de Ehud Barak.

Tras la invasión anglo-estadounidense de Iraq –y del manifiesto fracaso a la hora de encontrar armas de destrucción masiva– Washington intenta ahora mejorar su imagen de pacificador dando un nuevo impulso a la Hoja de Ruta. Sin embargo, mientras que la atención de los medios de comunicación occidentales se concentraba en la *hudna* o declaración de tregua de los líderes de Hamas, la Yihad Islámica y la Autoridad Palestina, pocos repararon en el articulado exacto de la declaración de Israel del 26 de mayo de 2003 que especificaba los términos de su «aceptación del plan» y que rezaba así: «El Gobierno de Israel ha decidido que todas las observaciones de Israel en lo que respecta a la declaración de la Administración [de Bush] serán aplicadas plenamente durante la fase de aplicación de la Hoja de Ruta». Dicho de otra manera, lo que se aceptaba no era la Hoja en cuanto tal, sino las catorce condiciones y salvedades, cada una de las cuales es independiente del contenido del documento original. Sharon podía así declarar que había adoptado su propia versión de la Hoja de Ruta, dando la oportunidad a Bush para que hiciera pública una declaración acerca del «paso positivo» y acercarse a Akaba para participar en una sesión de fotografías.

Sin embargo, las condiciones israelíes se basan en una percepción errónea de la causalidad y la lógica del conflicto: el supuesto de que la raíz de la violencia reside en el «terrorismo palestino» y no tanto en la ocupación y la colonización ilegal israelíes de tierras palestinas durante toda una generación y en la explotación y el hostigamiento de todo un pueblo. De ahí que la condición «inicial» israelí rezara así: «En la primera fase del plan y como condición para el avance de la segunda fase, los palestinos habrán de completar la desarticulación de las organizaciones terroristas [...] y su infraestructura, requisando todas las armas ilegales y entregándoselas a una tercera parte». De haber adoptado los artífices del

documento una perspectiva más precisa sobre las causalidades históricas y políticas, habrían propuesto el rápido fin de la ocupación y la retirada de las fuerzas militares israelíes a las fronteras de antes de 1967 como primera –y no última– fase del proceso. Bajo tales condiciones sería razonable exigir entonces al Estado palestino soberano que pusiera fin a una resistencia contra una ocupación inexistente y que actuara, gradual pero firmemente, contra las organizaciones terroristas que pusieran en peligro su propia autoridad o estabilidad.

Uno de los numerosos defectos de los Acuerdos de Oslo consistía en la aceptación del supuesto de que la Autoridad Palestina habría de ser un régimen subcontratado, encargado de proteger la seguridad de Israel, mientras que el resto de los temas quedaba sujeto a interminables rondas de negociación en las que toda concesión dependía de la generosidad israelí. Este planteamiento tuvo tiempo de demostrar su inconsistencia. Además, el fracaso del proceso de Oslo puso de manifiesto que el largo periodo de «generación de confianza» produjo sobre todo desconfianza mutua y dio un sinfín de oportunidades para que cualesquiera de los operadores del proceso pudiera sabotear todos los acuerdos. Una exigencia mínima para una paz realista consiste en dar a los palestinos alguna posibilidad de conseguir uno de sus principales objetivos: un Estado soberano sobre un 22 por 100 de la Palestina histórica. Una afirmación explícita de este objetivo podría dar mayor simetría a las partes, amén de incentivos para la resolución de temas adjuntos como Jerusalén, los refugiados y la distribución de los recursos hídricos, etc. Por último, la Hoja de Ruta incluye dos exigencias contradictorias a los palestinos como precondiciones para llegar a un acuerdo: por un lado, se les obliga a instaurar un régimen autoritario para combatir a las organizaciones terroristas disidentes; por otro, tienen que democratizar su forma de gobierno. Una vez más, es preciso dar la vuelta a la interpretación de la causalidad en juego si lo que se pretende es algo más que ofrecer un pretexto hipócrita para impedir toda negociación, porque, por sí mismo, un acuerdo que gozara del apoyo popular podría ser el mejor modo de acelerar la democratización de todas las partes implicadas. Sin la introducción, como mínimo, de tales modificaciones, la Hoja de Ruta se limita a señalar el camino para la continuación del politicidio del pueblo palestino al abrigo de la *Pax Americana*.